

Aspectos de la política imperial en los diálogos del primer renacimiento

JESÚS GÓMEZ
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

En el presente trabajo se estudian algunas alusiones históricas relativas al gobierno de Carlos V (1517-1555) que aparecen en diálogos compuestos durante la primera mitad del siglo XVI. Son obras coetáneas de los sucesos históricos estudiados y que, por tanto, presentan testimonios de primera mano, útiles para valorar la figura del Emperador desde la perspectiva de su propia época.

ABSTRACT

This essay studies some historic allusions to the government of Charles V (1517-1555) which appear in dialogues written during the first half of the XVIth century. These dialogues were produced immediately after the historic events that are studied and therefore, are first hand accounts of the relevance of the Emperor from the point of view of his own epoch.

Vamos a estudiar algunas alusiones históricas relativas al gobierno de Carlos V (1517-1555) que aparecen en diálogos compuestos durante la primera mitad del siglo XVI, el llamado «primer Renacimiento»¹. Son obras coetáneas de los sucesos históricos estudiados y que, por tanto, presentan testimonios de primera mano, útiles para valorar la figura del Emperador desde el punto de vista de su propia época.

Ahora bien, conviene tener en cuenta que vamos a tratar de alusiones históricas incluidas dentro de obras dialogadas que son de carácter litera-

¹ Se entiende normalmente por «Primer Renacimiento» la primera mitad del siglo XVI, como hacen, por ejemplo, Felipe B. PEDRAZA y Milagros RODRÍGUEZ, *Manual de literatura española*, vol. II. Pamplona, Cénlit Eds., 1980, pp. 20-21, cuando identifican el primer Renacimiento y la España del emperador Carlos V frente al «segundo Renacimiento» desarrollado en época de su hijo, Felipe II. Una versión preliminar de estas páginas fue pronunciada en la Universidad de León, dentro del ciclo: «Historia y literatura en tiempos de Carlos V», dirigido por el prof. J.M. Balcells a quien agradezco de nuevo su invitación.

rio y no puramente documental. Los límites entre la historia y la literatura parecen nítidos, ya que si en aquella debe predominar su valor como documento fidedigno, en cambio dentro de la ficción, el valor verdadero o falso de un testimonio no es determinante. Sin embargo, hay una zona de contacto entre ambas disciplinas, a partir de la propia definición ciceroniana de la historia como *magistra vitae*, que se puede traducir en el valor ejemplar del relato histórico. Como dice mi maestro Domingo Ynduráin: «Si la historia es narración de hechos verdaderos, la literatura cuenta sucesos inventados, imaginados por el autor o, si se prefiere, el valor verdad/mentira no es pertinente en literatura (...). Pero, por otra parte, si la Historia se define como *magistra vitae*, y la literatura une lo útil con lo dulce, habrá entre ambas un espacio común, más amplio (o más intenso) si se recuerda que también las dos pertenecen al reino de la gramática y, en consecuencia, utilizan con frecuencia los mismos recursos»².

No es poco frecuente la inclusión de alusiones históricas, más o menos desarrolladas, dentro del argumento de obras propiamente literarias, como son los diálogos³. Junto con la mimesis conversacional, que implica tanto la descripción del marco espacio-temporal en el que se origina el diálogo como la recreación del carácter de cada uno de los personajes que intervienen, el género dialogado se caracteriza porque está orientado hacia la argumentación, sea cual sea la temática desarrollada en cada diálogo: religiosa, científica, filosófica, moral, política e histórica⁴. Interesados por las obras pertenecientes a este último grupo, los

² «Historia y ficción en el siglo XV», *Jornadas de Filología Aragonesa, en el L Aniversario de la AFA*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (CSIC)-Excma. Diputación Provincial, 1999, p. 183. Este trabajo se relaciona con la tesis defendida por el autor en *El descubrimiento de la literatura en el Renacimiento español. Discurso leído ante la Real Academia Española el día 20 de abril en su recepción pública por el Excmo. Sr. Domingo Ynduráin y contestación del Excmo. Sr. Francisco Rico* Madrid, 1997. Por ejemplo, después de citar las *Generaciones y semblanzas* de PÉREZ DE GUZMÁN, comenta: «Según esta concepción, la historia, como *magistra*, ha conservado precisamente los hechos ejemplares, porque son doctrinalmente valiosos, porque atesoran un contenido moral. De este modo se identifican, de manera casi automática, las crónicas romanas y griegas no sólo con la verdad de los hechos, sino también con una enseñanza positiva, positiva por cuanto proporciona casos ejemplares, comportamientos individuales dignos de eterna memoria e imitación».

³ Se ha discutido el valor poético y literario del género dialogado, dado su carácter híbrido, a medio camino entre la ficción y la información, a propósito de un pasaje de la *Poética* (1447 b) de Aristóteles, que ha sido bastante controvertido. Véase ANA VIAN: «El diálogo como género literario argumentativo. Imitación poética e imitación dialógica», *Ínsula*, 542, 1992, pp. 7-10; desde otro punto de vista, LÍA SCHWARTZ: «El diálogo en la cultura áurea: de los textos al género», *Ínsula*, 542, 1992, pp. 1-2 y 27-28. Sobre la cuestión del género, he vuelto, con bibliografía actualizada: *El diálogo renacentista*, Madrid, Eds. del Laberinto, 2000, cap. I, donde desarrollo un planteamiento ya esbozado en mi anterior libro: *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988.

⁴ En un plano teórico, hay diálogos ya de la época filipina que tratan sobre la manera de escribir la historia, como el de P. NAVARRA: *Diálogos, cuál debe ser el cronista del Príncipe*, Tolosa, Jacobo Colomerio, [¿1565?] (signatura de la Biblioteca Nacional R/5756). Y, de manera más ambiciosa, el de S. FOX MORCILLO: *De Historiae institutione Dialogus*, París, Martín Jr., 1557 (signatura

historiadores se han centrado en examinar los dos diálogos que Alfonso de Valdés compone a finales de la década de los veinte en defensa y propaganda de la política imperial. Me refiero al llamado *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* (cuyo verdadero título es el de *Diálogo de Lactancio y un Arcediano*) compuesto hacia 1527, con motivo del Saco de Roma por las tropas imperiales; y al *Diálogo de Mercurio y Carón*, en el que se relatan algunos sucesos destacados de la trayectoria militar de Carlos V, en especial su enfrentamiento con Francisco I y con Enrique VIII a raíz del desafío lanzado por ambos monarcas en 1528.

Según dice el profesor José Antonio Maravall, los dos diálogos valdesianos son documentos «netamente políticos», que han interesado a los historiadores de la época por ser testimonios generados a partir de la cancillería imperial, en la que Alfonso trabaja como secretario bajo el mando de Mercurio Gattinara (+1530), el Gran Canciller⁵.

El primero de los dos diálogos citados, el *Diálogo de Lactancio*, lo redacta Valdés para justificar el Saco de Roma (1527). Más que la narración puntual de los hechos acaecidos, lo que muestra el diálogo de Lactancio y su amigo el Arcediano, recién vuelto de Roma, es la justificación providencial y divina del Saco: política y religión, por tanto, se dan la mano⁶. Se atribuye a la voluntad de Dios el castigo que la ciudad papal recibe por la conducta errónea del Papa y los «vicios de aquella Curia Romana» (p. 314). Desde un punto de vista estrictamente histórico, comenta uno de los especialistas en este suceso, el prof. M. Fernández Álvarez: «en el [diálogo] dedicado al saco de Roma, tras resaltar la inocencia del Emperador, irá

de la Biblioteca Nacional U/4210). Este último es un diálogo de ambientación ciceroniana que subraya también el carácter moral de la historia: «non tantum rerum gestarum notitiam consequi, sed prudentiae quoque ad vitae communis usum praecepta colligere» (fol. 2). Hay traducción moderna de Antonio CORTIJO OCAÑA: *Teoría de la historia y teoría política en Sebastián Fox Morcillo: «De Historiae institutione dialogus»*. *Diálogo de la enseñanza de la historia*. Universidad de Alcalá, 2000. Relaciona Fox la escritura de la historia con la oratoria y con el ideal humanístico de la elocuencia. Traza una exposición sobre la retórica del género: su origen, sus modelos clásicos, los preceptos en la composición, etc. Entre los antecedentes de su tratado, cita Fox la obra de otros escritores de diálogos que abordan temas históricos como Platón, Cicerón y Luciano. De este último, cabría destacar su tratado *De Historia conscribenda*.

J. A. MARAVALL: *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960, p. 207. Sobre las relaciones entre Gattinara y Valdés, véase el comentario de A. ALCALÁ, introd. a su ed., *Obras completas de Alfonso de Valdés*, Madrid, Biblioteca Castro, 1996, pp. xiv-xx y xxxii-xlvi. De aquí en adelante, cito los diálogos valdesianos por esta edición, sin más que indicar entre paréntesis el número de página. Por otra parte, sobre el desarrollo de los conflictos de la cancillería imperial, hay un detallado estudio de J.M. HEADLEY: *The Emperor and his chancellor. A study of the imperial chancellery under Gattinara*, Cambridge Univ. Press, 1983.

⁶ Son «ámbitos que en esta época sería muy difícil separar», como dice Domingo Ynduráin: «Los diálogos en prosa romance», en Homenaje a Francisco Ynduráin (Anejos de Príncipe de Viana, 18), Navarra, Institución Príncipe de Viana / Diputación de Navarra, 2000, p. 437.

más allá; buscará la verdadera causa de aquel desastre, encontrando los designios de Dios, que de ese modo castigaría las iniquidades de Roma»⁷.

En el trasfondo del diálogo valdesiano, se encuentran las críticas a la religiosidad entendida de manera superficial o hipócrita, críticas derivadas de la doctrina de Erasmo, al igual que sucede en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Esta última obra es como la anterior una consecuencia del erasmismo, al mismo tiempo que una exaltación de la política de Carlos V: «un príncipe tan sancto, tan justo y tan solícito del bien de su pueblo que él solo es causa de toda su felicidad» (p. 367). En el argumento del diálogo, de ambientación basada en la mitología, el dios Mercurio le cuenta al barquero infernal Carón el origen de las rivalidades entre el rey de Francia y Carlos antes y después de la derrota de Francisco I en la sonada batalla de Pavía (pp. 375 y ss.). El relato histórico de Mercurio se remonta a la disputa por la sucesión imperial: «sobre cuál dellos sería elegido por Emperador» (p. 376). Cuenta también la invasión de Logroño por las tropas francesas y el conflicto militar entre la España de Carlos V y la Francia de Francisco I por la posesión del Estado de Milán, que culmina en la victoria carolina de Pavía (1525). Con posterioridad, Mercurio justifica el Saco de Roma (pp. 407-411) por las tropas imperiales, como ocurre en el *Diálogo de Lactancio*. Sin embargo, el motivo principal de la relación que hace Mercurio aparece cuando explica el desafío que, a la manera caballeresca, recibe Carlos V de su eterno enemigo Francisco I y de Enrique VIII (1528); acontecimiento que Valdés relata, por boca de Mercurio, como testigo de vista: «Mira si lo vi» (p. 457), con la reacción del Emperador, llena de majestuosidad y valentía (pp. 457-465), después de que el rey de armas francés le entregue el cartel de desafío⁸.

⁷ *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, Espasa-Fundación Academia Europea de Yuste, 2000⁴, p. 372. Comenta M. Bataillon: «Poner el acontecimiento en la cuenta de Dios no era hallazgo de Valdés. Era un lugar común entre los imperiales persuadidos de la misión providencial de su señor», *Erasmo y España* (1937), trad. cast. A. ALATORRE, México, FCE, 1979⁵, p. 367. Era también una explicación corriente en la época, no sólo entre los partidarios imperiales, véase el documentado estudio de la prof. Ana Vian al respecto: *El «Diálogo de Lactancio y un Arcidiano»: obra de circunstancias y diálogo literario*. Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, pp. 39-42. De la misma profesora, véase: «La Europa del Saco de Roma y el *Diálogo de Lactancio y un Arcidiano* de Alfonso de Valdés», en *Los Valdés. Pensamiento y literatura. Actas del Seminario celebrado en Cuenca, Universidad Menéndez Pelayo, del 2 al 4 de diciembre de 1991*, Cuenca, Instituto «Juan de Valdés»/Ayuntamiento de Cuenca, 1997, pp. 183-212; «Le Sac de Rome dans la poésie historique hispano-italienne: discours politique et modalités littéraires», en *Les discours sur le sac de Rome de 1527, Pouvoir et littérature*, ed. A. Redondo, Paris, Presses Universitaires de la Sorbonne Nouvelle, 1999, pp. 83-102.

⁸ Son sucesos que derivan de la versión cancelleresca y propagandística condicionada por una determinada visión política. Conservamos documentos oficiales al respecto, como comenta A. Alcalá (introd. a su ed. cit., p. xxxiv). Además, en el *Mercurio* se incluye la «Carta del Emperador al Embaxador de Francia» (p. 490) y el «Cartel del Emperador al Rey de Francia» (pp. 511-514), lo que puede hacernos pensar que Alfonso es el autor de ambos escritos. Es lo que piensa también M. FERNÁNDEZ ALVAREZ, *op. cit.*, p. 399, quien se refiere a este pasaje del *Mercurio* como obra de un «verismo impresionante» de un «testigo excepcional». Del mismo, véase su anterior biografía: *Carlos V, un hombre para Europa*, 1976; reed. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1999; y su contribución a la monumental *Historia de España*, dir. R. Menéndez Pidal, vol. XX: *La España del Emperador Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982³.

Como hemos advertido, la defensa de la figura de Carlos V en los diálogos valdesianos está ligada directamente a la corriente espiritual y reformista del erasmismo, favorecida por el Emperador sobre todo durante las primeras décadas de su reinado. Estamos todavía a finales de los años veinte, cuando Valdés (*Erasmicior Erasmo*) propone en la segunda parte de su Mercurio la utopía del buen gobernante encarnada en el personaje ficticio del rey Polidoro, en el que se ha querido ver un trasunto carolino. Sea como fuere, Polidoro se muestra primero arrepentido de su pasada ambición, que le habría conducido a la guerra con otros «príncipes mis vecinos» (p. 472), para desgracia de su pueblo. Tras esto, relata su conversión en un gobernante cristiano modélico que representa los ideales erasmistas del *pastor bonus*. Después de poner en orden su corte, emprende Polidoro la reforma moral de su reino y de los obispados en especial.

Como ocurre en el caso de Polidoro, en el *Diálogo de Mercurio y Carón*, las propuestas erasmistas vienen personificadas como ejemplos negativos o bien positivos mediante el desfile de una serie de almas de difuntos, que van al cielo o al infierno. En la primera parte del Mercurio, desfilan las almas que personifican casi todas ellas distintos aspectos negativos de las propuestas reformistas derivadas del erasmismo, en contra de la falsa religiosidad que encarnan sucesivamente un fraile, un consejero real, un duque, un obispo, un cardenal, una monja a la fuerza (este personaje tan sólo aparece en la versión manuscrita de la obra), un miembro del consejo de Inglaterra, el rey de los Gálatas trasunto de Francisco I, un secretario del rey de Francia, un sacerdote hipócrita y un teólogo; tan sólo se salva el alma devota de un hombre casado, que no está vinculado directamente a la Iglesia. En la segunda parte, de cariz más positivo, se salvan las seis almas que desfilan al cielo, como la del rey Polidoro, y que ejemplifican cada una de ellas diversos aspectos del ideario erasmista: un obispo, un sacerdote, un cardenal, un fraile y una mujer⁹.

Por otra parte, los dos diálogos de Alfonso de Valdés no son los únicos de la época que discuten sucesos históricos y políticos. Un año antes del Saco había editado el humanista Juan Luis Vives su diálogo escrito en latín: *De Europae dissidiis et bello turcico* (1526), es decir: *Sobre las disensiones de Europa y la guerra contra los turcos*. En este último diálogo, un interlocutor llamado Polipragmon va refiriendo ante la corte infernal presidida por Minos los acontecimientos históricos que explican las discordias entre los príncipes cristianos. Alude primero a la conquista de Nápoles por Alfonso V el Magnánimo y a la intervención francesa durante el reinado de Carlos VIII. Las guerras de Italia son el origen de la rivalidad que se produce entre la

⁹ Sobre el ideario erasmista y su influencia en Polidoro, es fundamental el estudio de M. BATAILLON: *Erasmo y España*, cap. VIII, pp. 400-402. Comp. M. MORREALE: *Carlos V, «Rex Bonus», Felix Imperator* (notas sobre los diálogos de Alfonso de Valdés), Valladolid, Fac. de Filosofía y Letras, 1954.

España de Carlos I y la Francia de Francisco I, quienes también compiten por el título de Emperador a la muerte del abuelo de Carlos, Maximiliano de Habsburgo, como advierte igualmente Valdés en su *Mercurio*.

De manera más crítica e imparcial que Valdés, por boca de Polipragmon, dice Vives sobre la elección imperial: «Por la elección del emperador lucharon Carlos y Francisco con sobornos y enormes sumas para ganarse a los electores, como si estuviesen comprando una mercancía en vez de un reino (p. 60)¹⁰. Es verdad que añade de inmediato: «Francisco ganaba por sus larguezas, pero Carlos por el prestigio tanto de su linaje (...) como de su país». Continúa Polipragmon resumiendo los principales acontecimientos del reinado de Carlos V hasta el año de edición de su diálogo (1526), así menciona las Comunidades, de las que no responsabiliza directamente al Emperador: «se produjeron levantamientos en España, de la plebe contra la nobleza, de unas ciudades contra otras» (p. 61), ya que «la multitud no sabía qué quería». Para después mencionar el oportunismo de Francisco I, que manda invadir Navarra: «Francisco aprovechó esta ocasión, y envió un ejército a España para apoderarse por sorpresa de Navarra. A partir de eso surgió una guerra que en aquel momento produjo increíbles desgracias» (p. 61). Tras la recuperación de Fuenterrabía por las tropas carolinas, relata también la victoriosa batalla de Pavía, con la consiguiente prisión de Francisco I.

A diferencia de lo que ocurre en los dos diálogos citados de Valdés, lo que le interesa a Vives en el suyo es denunciar el hecho lamentable de que las rivalidades entre los reyes cristianos son la causa del aumento del poderío político y militar del Imperio otomano. Así, Polipragmon refiere la invasión de la isla de Rodas en 1522 por Solimán el Magnífico, quien un año antes había conquistado la ciudad de Belgrado: «verdadera entrada a Hungría y a la cristianidad» (p. 62). Además, después de incumplir las condiciones fijadas en el Tratado de Madrid tras su liberación, Francisco I ha creado la Liga de Cognac, en alianza con el papa Clemente VII y algunos gobernantes italianos que pretenden poner freno al poder de Carlos V. Todo ello va a originar el Saco de Roma, pero Vives quien edita su diálogo *De Europae dissidiis* un año antes de que se produzca el trágico acontecimiento, está preocupado sobre todo por las consecuencias que las disputas entre los príncipes cristianos tienen ante el creciente imperio de los turcos. Por ello culmina Polipragmon su relato con el lamento por la invasión de Hungría (p. 64), aludiendo a la derrota de Mohács.

Finalizado el relato histórico precedente, se produce entre los interlocutores del diálogo de Vives (Polipragmon, Tiresias, Minos, a los que se suman

¹⁰ Aunque tengo en cuenta la benemérita traducción de L. RIBER: *Obras completas* de Juan Luis Vives. Madrid, Aguilar, 1948; reed. Generalitat Valenciana, 1992, cito por la traducción reciente de F. CALERO y M^a J. ECHARTE, en *De Europae dissidiis et Republica*, Ajuntament de València, 1992, sin más que indicar entre paréntesis el número de página. Por otra parte, véase de F. CALERO: *Europa en el pensamiento de Luis Vives*, Ajuntament de València, 1997.

Basilio y Escipión) una discusión sobre los motivos profundos de tales guerras entre los pueblos cristianos: «puesto que con nombre de cristianos en el corazón y en el pensamiento estáis tan alejados de Cristo» (p. 74), como sentencia el rey Minos. Por boca del adivino Tiresias, propone Vives la unidad cristiana de Europa frente a la amenaza del Imperio otomano: «si los dos jóvenes [Carlos V y Francisco I], satisfechos con los dilatadísimos dominios que poseen, pudieran avenirse a vivir en amistad y en concordia entre ellos» (p. 85). Tiresias apela también a la unidad con Enrique VIII y exhorta a los cristianos para que «fortifiquen, hagan fuerte Alemania con fortalezas y baluartes» (p. 85) con el fin de que el Turco no se apodere de ella. En resumen, el relato histórico y la solución final que propone el diálogo de Vives sobre la política europea del momento son más neutros que la defensa partidista que realiza Valdés de las campañas imperiales. Sin embargo, existen claras conexiones entre ambos autores, dentro del ámbito común del erasmismo de cuño hispánico. Además, la composición del diálogo *Sobre las disensiones de Europa* es anterior, como hemos visto, al Saco de Roma.

Por otra parte, no es mera casualidad que Vives en su diálogo y Valdés en el *Mercurio* adopten procedimientos literarios que derivan de los diálogos lucianescos para construir el marco, como son la ambientación mitológica y el recurso al «diálogo de los muertos» usado en el desfile de las ánimas y en el tribunal infernal que preside Minos. En esta época, se manifiesta la influencia de Luciano de Samosata en otros diálogos satíricos que contienen alusiones históricas más o menos veladas a sucesos acaecidos durante el gobierno de Carlos V. Podemos citar tres diálogos anónimos que permanecen manuscritos durante el primer Renacimiento: el *Diálogo entre Caronte y el ánima de P.L. Farnesio* (1547), el *Diálogo de las transformaciones* (h. 1530) y *El Crotalón* (h. 1555), a los que cabría añadir otro diálogo derivado de Luciano, que sí se edita: el *Endecálogo* (1556) de Francisco de Sosa. Veamos el contexto histórico y las alusiones políticas que se observan en las cuatro obras mencionadas.

Con planteamiento y propósito similares al *Diálogo de Mercurio y Carón* de Valdés, está compuesto el anónimo *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del Papa Paulo III* (1547), atribuido a Diego Hurtado de Mendoza¹¹. El episodio al que se refiere el título del diálogo fue origen de nuevas tensiones entre Carlos y la Curia romana, a causa del ase-

¹¹ De aquí en adelante, cito el diálogo por la edición incluida en *Curiosidades Bibliográficas*, vol. XXXVI de la BAE, Madrid, Atlas, 1950, pp. 1-7. En la introducción, señala Adolfo de Castro que «es una obra de don Diego Hurtado de Mendoza, escrita a imitación de Luciano» (introd., p. vii). El suceso al que alude su título tuvo lugar en 1547: «uno de los años más tensos en la historia de las relaciones entre Carlos V y Roma», al decir de M. FERNÁNDEZ ALVAREZ, *Carlos V*, p. 776. La conjura para asesinar al hijo de Paulo III, Pier Luigi Farnese, había sido instigada por el Gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga, y vista con buenos ojos por Carlos V: «si bien no contaba con la muerte de Pier Luigi Farnese, aunque el dolorido Papa se la atribuyese. La ciudad, liberada así del dominio de la Casa Farnese, se entregó en manos del Emperador». Véase J.L. LÓPEZ ROMERO: «La fortuna histórico-literaria de un personaje infame: El Duque Pier Luigi Farnese», *Trivium*, 3, 1991, pp. 55-73.

sinato de Pedro Luis Farnesio, en su mismo palacio, del que se acusa al Emperador. El alma de Pedro Luis Farnesio, o Pier Luigi Farnese, es interrogada por el barquero Caronte, como hace el Carón de Valdés con las sucesivas almas que acuden a su barca. Evidentemente, predomina la imagen negativa del hijo bastardo de Paulo III, al que su padre había nombrado Duque de Parma y de Plasencia (1545), caracterizado desde el inicio como «un presuntuoso arrogante» (p. 1) según dice el barquero nada más avistarlo, «que con tanta furia camina». Las críticas de Caronte apuntan de inmediato hacia las costumbres del Papa: «ni aun sabía yo que los papas tuvieran hijos» (p. 1). Queda patente, además, que el gobierno del Ducado de Parma es «contra todo derecho» (p. 2), de ahí la justificación del asesinato de Pier Luigi: «y al cabo moriste como tirano» (p. 2), de acuerdo con la doctrina tradicional sobre el tiranicidio.

Si el marco dialogado del Mercurio y del diálogo sobre el Farnese está relacionado con la tradición lucianesca que deriva de los *Diálogos de los muertos*, el marco tanto del anónimo Diálogo de las transformaciones como de *El Crotalón*, muy semejantes entre sí, deriva de otro diálogo de Luciano: *El sueño* o *El gallo*, en el que conversan un zapatero y un gallo que va relatando sus anteriores vidas, de acuerdo con la creencia pitagórica en la metempsícosis o transmigración de las almas. Por lo que se refiere a las alusiones históricas, el *Diálogo de las transformaciones* incluye críticas a la Curia romana (cap. 18) por su simonía, lo que hace pensar a la mejor editora moderna de esta obra, Ana Vian, que la fecha de composición del mismo no debe de ser muy lejana al Saco de Roma (1527). Pocas referencias históricas hay a la época que estudiamos. En el capítulo siguiente, critica el anónimo autor la vanidad de la creencia en los agüeros (cap. 19), para lo cual cita de manera elogiosa al Gran Capitán: «como varonilmente nos lo mostró aquel glorioso y felice Gran Capitán espannol, Gonçalo Hernández de Córdoba». La referencia es anterior, pues se trata de las campañas de Nápoles, pero conviene tener en cuenta el gran protagonismo que adquiere la figura de este militar en otros diálogos renacentistas¹².

Más abundantes son las referencias históricas que hay en *El Crotalón*, sobre todo en el canto VI, que incluye un resumen de las principales campañas militares de la época de Carlos V. La crónica carolina está puesta en boca de la bruja Saxe quien le refiere a un capitán que ha desistido de

¹² *Diálogo de las transformaciones*, ed. Ana Vian, Barcelona, Sirmio-Quaderns Crema, 1994, p. 282. Así, podríamos citar, como hace la editora, el *Tratado de re militari* (1536) de Diego de Salazar, *De gloriae militaris palma* (h. 1550) de los hermanos Rocaberti, que veremos más adelante, o el *Gonsalus* (1523) de Ginés de Sepúlveda cuyo título es en honor de Gonzalo Fernández de Córdoba, quien aparece como interlocutor principal disertando sobre la gloria. A estos diálogos se podrían añadir otros ejemplos, como veremos a continuación.

unirse a la campaña contra los franceses en Navarra (1522). A partir de una serie de escenas que ve pintadas en su palacio, Saxe va relatando la propia campaña de Navarra, la batalla de Pavía (1525), la «imperial coronación» de Carlos V en Bolonia (1530), el cerco de Viena (1532), la victoria de La Goleta en Túnez (1535), la convocatoria del Concilio de Trento «por dar remedio en los errores lutheranos», hasta la batalla de Mühlberg (1547), aunque alude a las posteriores luchas contra los protestantes alemanes (1552-1553), no se refiere de manera explícita a la abdicación de Carlos como rey de Castilla, Aragón, Sicilia y los países del Nuevo Mundo, el 16 de enero de 1556¹³. Se ha querido ver una intención irónica en el anterior resumen del reinado carolino, precisamente por estar puesta la relación en boca de una bruja (en un contexto ficticio y fantástico), que se dirige a un capitán de conducta desordenada, y también porque en el relato se seleccionan únicamente las victorias imperiales: «sólo las victorias militares y ni una sola de las múltiples derrotas que padeció el Emperador por obra de franceses, turcos y protestantes. Tantas menciones aisladas, tantas elipsis, tantos olvidos flagrantes no parecen casuales»¹⁴.

Hay interpretaciones diversas sobre *El Crotalón* a la hora de valorar el alcance crítico del resumen histórico incluido en el canto VI: apología imperial, o sátira antimilitar. Sin embargo, los datos que se aducen para apoyar la lectura «pacifista» de la obra son, cuando menos, discutibles o no son concluyentes. Tampoco hay en el libro alusiones críticas hacia la figura del Emperador, aunque sí hacia la de alguno de sus gobernantes, como el Marqués del Vasto, al que le profesa gran inquina el anónimo autor¹⁵. Es cierto que *El Crotalón* es una obra satírica, pero la crítica afecta a aspectos parciales de la sociedad de la época, excluido el Emperador.

Otras alusiones históricas aparecen en el canto VII de *El Crotalón*, sobre las campañas de Orán (1509), a cargo del cardenal Cisneros; y en el canto

¹³ Hay una alusión vaga: «Y después de largos años efectuando en un hijo suyo don Felipe sus grandes y cesáreos deseos irá a gozar con Dios a la gloria» (canto VI). La fecha de *El Crotalón* está sujeta a controversias. M. BATAILLON (*Erasmus y España*, p. 663), fecha su redacción en 1552-1553 «con bastante exactitud», pero A. Vian (véase los trabajos citados en las notas siguientes) la retrasa entre 1555 y 1558-9; es decir, entre la abdicación de Carlos V y la subida al trono de Felipe II.

¹⁴ Como escribe Ana Vian: «Historiografía crítica y ficción panegírica: Otra forma de la parodia lucianesca en *El Crotalón*», en *Estudios de Filología y Retórica en homenaje a Luisa López Grijera*, ed. E. Artaza y otros, Bilbao, Universidad de Deusto, 2000, p. 530. Cito *El Crotalón* por la edición de Ana Vian: *Diálogo y forma literaria en «El Crotalón»: estudio literario, edición y notas*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, 3 vols., sin más que indicar entre paréntesis el número de canto.

¹⁵ Véase Ana Vian: «Gnophoso`contra Dávalos: realidad histórica y fuentes literarias (Una alusión oscura en el canto XI de *El Crotalón*)», *Revista de Filología Española*, LXI, 1981, pp. 159-184; y, de la misma: «Elaboración satírica de una relación de sucesos renacentista: el entierro del Marqués del Vasto», *Littérature et politique en Espagne au Siècle d'Or*, ed. J.P. Etienvre, París, Klincksieck, 1998, pp. 53-89.

XV, sobre la «batalla campal» contra el duque de Güeldres (1543)¹⁶. En todo caso, creo que la imagen predominante en *El Crotalón* sobre la figura del Emperador es globalmente encomiástica o positiva. No podemos olvidar tampoco que Francisco I, al igual que otros enemigos imperiales (como Lutero y los heresiarcas protestantes) aparecen confinados en el Infierno (canto XIV), con una clara ironía.

Otro diálogo de tipo lucianesco, pero más inocuo que los anteriores, es *el Endecálogo* (1556) de Sosa, concebido como una obra de polémica científica. Hay en él un elogio, puesto en boca del dios Momo, del poderío de los militares españoles, comenzando cómo no, por el Gran Capitán: «le conquistó [el reyno de Nápoles] con muy pocos soldados españoles y menos cavalleros» (p. 45)¹⁷. Se trata de una nueva alusión a la figura de este victorioso militar, del que se destaca su capacidad para «sacar de sus soldados valentísimos y sabios capitanes» (p. 45), capacidad que también le atribuye Gonzalo Fernández de Oviedo en otro diálogo¹⁸. Tras el elogio anterior, extracta el doctor Sosa, por boca de Momo, otros episodios de la historia militar española, entre los cuales no podía faltar la mención a la batalla de Pavía (pp. 47-48), también se alude a las conquistas del Norte de África, aunque no silencia Momo las derrotas, como la pérdida de Trípoli (1551) y la de Bugía (1555): «miserable y calamitosa entrega» (pp. 50-52). Finaliza su relato apelando al flamante rey, Felipe II, para que emprenda la conquista de Argel (p. 52).

Estos últimos diálogos que hemos examinado, en especial el de Sosa y *El Crotalón*, no presentan una defensa de la política imperial tan cerrada como la que realizara Valdés algunos años antes. Sin embargo, hay una línea de continuidad entre los diálogos valdesianos y otras obras dialogadas, como *El Crotalón*: si bien compuesta a mitad de siglo, todavía se trasluce en ella el ideario erasmista. Existe una poderosa corriente dialógica en la España de Carlos V asociada al erasmismo y al lucianismo, en la que se incluyen diálogos que contienen alusiones históricas al Emperador.

Antes de continuar, conviene distinguir aquellos diálogos que presentan referencias históricas más o menos aisladas (como sucede en *El Crotalón* y

¹⁶ Dejo a un lado las alusiones históricas indirectas o presuntas, como las que estudia Ana Vian en el episodio de las ranas y ratones, en el canto VIII: «*La Batracomiomaquia y El Crotalón: de la épica burlesca a la parodia de la historiografía*», 1616, 1981, pp. 145-162.

¹⁷ De aquí en adelante, cito el diálogo por la edición de Pedro M. Cátedra: «Diálogo literario y polémica científica en el siglo XVI: *El Endecálogo contra «Antoniana Margarita» del Dr. Sosa*», *Voz y Letra*, V, 1994, pp. 3-66.

¹⁸ *Batallas y Quinquagenas*, ed. J.B. Avallé-Arce, Eds. de la Diputación de Salamanca, 1989, p. 203, hablando de los capitanes del Emperador, dice: «los más dellos cursados en escuela e doctrina militar del Gran Capitán don Gonçalo Fernández, Duque de Terranova». De aquí en adelante, cito por esta edición. Véase A. Del Río Noguera: «Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Criticón*, 52, 1991, pp. 91-109.

el *Endecálogo*) de aquellos otros cuya argumentación principal es de carácter histórico, como en los diálogos de Valdés, en el *De Europae dissidiis* de Vives y en el *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio*. Esto último es lo que ocurre también en otros diálogos que vamos a ver a continuación, como el *De motu Hispaniae*, diálogo cuyo título se ha traducido por el de *La revolución comunera*, un manuscrito compuesto en latín y dedicado en 1545 al futuro Felipe II por Juan Maldonado y que obviamente versa sobre las Comunidades; el *Diálogo* (1540) de P. Barrantes Maldonado: *en que se cuenta el saco que los turcos hicieron en Gibraltar*; el anónimo *Diálogo en el qual se refieren las honras que se hizieron en Sevilla por la Princesa nuestra señora* (1545) compuesto a la muerte de María Manuela de Portugal; y los Diálogos de la vida del soldado de Diego Núñez de Alba, cuya primera edición es de 1552, dedicados a la campaña de 1546-1547 contra los príncipes protestantes de Alemania.

Como se observa tan sólo por la enumeración anterior, abundan durante el primer Renacimiento los diálogos de tema principalmente histórico. Antes de proseguir con su análisis, podemos preguntarnos qué ventajas ofrece la forma dialogada a la hora de referir sucesos históricos. Sin duda, la principal ventaja del diálogo de tema histórico, frente a la historia *tout court*, es dramatizar los acontecimientos relatados que, con frecuencia, uno de los interlocutores refiere por haber sido testigo de vista. Este rasgo se da en la práctica totalidad de los diálogos que estudiamos. Entre los que ya hemos examinado, recordemos tan sólo los diálogos de Valdés: el Saco de Roma lo refiere un Arcediano tras haber escapado del mismo; en cuanto a los sucesos relativos al desafío de 1528, Mercurio los refiere porque los ha presenciado, según dice. En el diálogo de tipo lucianesco, se da con frecuencia el humor satírico y la fantasía de tipo mitológico. Así también, en el anónimo *Diálogo* sobre la muerte de Pedro Luis Farnesio, el propio difunto es protagonista y testigo al mismo tiempo de los acontecimientos relatados.

Además, tanto en el caso de Farnesio, como en el del Arcediano de Valdés, se da la paradoja de que defiende la argumentación del diálogo una tesis contraria a los intereses del interlocutor que actúa como narrador y testigo principal de los hechos. Mediante tal procedimiento irónico, se confiere una mayor impresión de imparcialidad y el testigo de vista se convierte en un argumento *ad hominem* de las tesis defendidas por el interlocutor principal. Tanto en el diálogo valdesiano sobre el Saco, como en el coloquio sobre el asesinato de P. L. Farnese, se deduce asimismo que, aunque los hechos acaecidos son abominables, hay una justificación teórica de los mismos.

Si esto sucede en los diálogos lucianescos como los citados, más proclives al dramatismo y a la pura fabulación, el relato formulado por un interlocutor que actúa como testigo de vista de los acontecimientos narrados se atestigua también en otros diálogos que vamos a examinar a continua-

ción y que son más verosímiles desde el punto de vista literario. Así, en el *Diálogo* citado de Barrantes de Maldonado, el autor mismo es el interlocutor principal que refiere minuciosamente el saco realizado por los turcos el año 1540 en Gibraltar como testigo de vista, aunque aprovecha la circunstancia para hacer digresiones tanto sobre la historia de los turcos como sobre la situación estratégica de Gibraltar¹⁹.

En el anónimo *Diálogo* sobre la muerte de María Manuela de Portugal (+1545), primera esposa del entonces príncipe Felipe, uno de los dos interlocutores refiere con todo lujo de detalles las honras fúnebres que tienen lugar en Sevilla, también como testigo de vista: «Eran cosas maravillosas de ver y dolorosas de contemplar»²⁰. Algo parecido sucede en el diálogo citado de Maldonado: *De motu Hispaniae*, ya que el autor aparece en primera persona refiriendo como testigo de vista los principales acontecimientos de las Comunidades (1520-1521), aunque con amplitud de miras reflexiona sobre los hechos narrados. Escribe Maldonado en el prólogo:

Creo que es mucho más apreciable el que escriban las hazañas de los reyes y pueblos los historiadores que fueron testigos de ellas o que las oyeron referir a los mismos que las hicieron, que confesar desde el principio su deseo a favor de la patria, y formar narraciones interminables tomadas de fábulas, promoviendo dudas y mezclando lo falso con lo verdadero²¹.

Al margen de las ventajas del diálogo como forma de dramatizar la historia introduciendo el propio testimonio y las reflexiones de los interlocutores sobre los hechos narrados, en el prólogo a su obra, Maldonado alude también a otro tópico frecuente en la historiografía de la época sobre la incuria y el escaso interés que tienen los escritores españoles por divulgar la historia patria:

¹⁹ Cito el diálogo de Barrantes de Maldonado por la edición incluida en *Tres relaciones históricas*, Madrid, 1889, pp. 1-129, que se basa en la edición de 1556.

²⁰ Cito el diálogo por el ejemplar conservado en la Biblioteca de B. MARCH: *Diálogo en el qual se refieren las honras que se hizieron en Sevilla por la Princesa nuestra Señora*, Sevilla, Andrés de Burgos, 1545. Comp. M. FERNÁNDEZ ALVAREZ: *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998*, pp. 684-685, sobre la muerte de la Princesa.

²¹ Cito la obra de Maldonado por la traducción castellana de J. QUEVEDO: *La revolución comuna*, Madrid, Eds. del Centro, 1975, p. 31. Véase J. PÉREZ: *La revolución de las Comunidades de Castilla*, Madrid, siglo XXI, 19793; en esta minuciosa historia de las Comunidades, utiliza J. Pérez la obra de Maldonado en varias ocasiones, por ejemplo, en apoyo de la siguiente tesis: «La crónica de Maldonado y la monografía de Salvá sitúan el problema en su exacta perspectiva cuando evocan el enfrentamiento entre ricos y pobres en Burgos durante la época del conflicto de las Comunidades. No era exactamente una lucha de clases, sino de antagonismos sociales por razones bien concretas. La masa popular apoyaba a la Comunidad porque veía en ella un medio de protesta contra los abusos, contra la opresión fiscal y contra los notables» (p. 446).

veo que hechos dignísimos de memoria de tal manera yacen envueltos en tinieblas por nuestra negligencia en escribir, que apenas quedan de ellos pequeños rastros con que poder dar testimonio a las naciones extranjeras. Porque ¿cuántos varones no ha producido en otro tiempo España, que podamos oponer a los Camilos, Escipiones y aun, por decirlo así, a los mismos Césares, si los ingenios esclarecidos los hubiesen recomendado según sus méritos? Mas esta incuria en escribir, peculiar nuestra, hizo siempre mucho daño a la nobleza de España (p. 32).

Es un motivo que veremos reaparecer al final de los citados *Diálogos de la vida del soldado* (1552) de Diego Núñez de Alba, en el prólogo que escribe el autor al tercer Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo: «y que por esso iñoramos las más de las grandes hazañas que en España han acaecido, y de las que sabemos, no tenemos tan entera noticia ni la fama dellas está tan esparzida por el mundo, por no se aver muchas dellas escrito» (s/n)²².

Por otra parte, la valoración que Maldonado hace de las Comunidades pretende ser crítica y desapasionada. El manuscrito está dirigido (con fecha de 1545) al entonces príncipe Felipe y no a su padre, por estar ausente según indica el propio autor: «cuando está ausente el invictísimo César, por cuyo arbitrio se hace en España hasta lo más mínimo» (p. 28). El suceso de las Comunidades aparece en otros diálogos de la época, si bien no de manera tan detallada y monográfica como en el de Maldonado. Entre ellos, podríamos citar las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo, un diálogo manuscrito que ha sido descubierto y editado por J.B. Avalor-Arce, quien fecha su composición entre 1550 y 1552. En él hay una condena total de la revolución capitaneada por los comuneros, una condena formulada en términos mucho más absolutos que la narración que hace Maldonado de manera más crítica y objetiva. En el diálogo de Fernández de Oviedo, el principal interlocutor que es el Alcaide aprueba calurosamente el fin trágico de los comuneros cuyo nombre recuerda para oprobio de su linaje. Como indica el título de la Batalla segunda, diálogo primero (quinquagena 2.^a): «se incluyen los méritos de veinte e un cavaleros culpados o adherentes a la Comunidad, mal consejados, en notorio daño de la república e patria, e en desservicio de Dios e del rey, e unos más que otros delinquentes» (p. 208).

²² De aquí en adelante cito, modernizando y actualizando la puntuación y acentuación, los *Diálogos de la vida del soldado* por su primera edición, Salamanca, Andrea de Portonariis, 1552- pero el colofón va fechado en 1553 (Biblioteca Nacional de Madrid, R/35770). Comp. J. L. Lara: «Confluencia de estructuras y sumarización de funciones en el diálogo renacentista (Un estudio sobre los *Diálogos de la vida del soldado* de Núñez de Alba)», *Analecta Malacitana*, III, 1980, pp. 185-241. Se trata de un tópico que forma parte del distanciamiento y «desconfianza respecto al mundo clásico» que se produce durante el Renacimiento y aun con anterioridad, como ha estudiado D. YNDURÁIN, *El descubrimiento de la literatura*, pp. 18-19.

Fernández de Oviedo condena de manera absoluta las Comunidades y no atribuye en ellas responsabilidad alguna al Emperador. Al contrario, lo que predomina en su diálogo es la imagen de Carlos como militar invicto, habitual en los diálogos que estamos examinando. Así, dice el Alcaide al recordar la victoria de Pavía (1525) en Italia y la de Mühlberg (1547) en la guerra de Alemania contra los protestantes:

E bien vistas quán poco ha que su rrey Francisco fue preso con toda la flor e cavallería de Françia en Pavía. E ayer estuvo el Emperador nuestro señor dentro de Françia quemando, e derribando, e sojuzgando muchas buenas villas de Françia, e muy çerca de París. E en su mano estuvo acabar de asolar aquel rreyno. E bien avés visto lo que su Magestat hizo en su imperio contra los tiranos e erejes luteranos, e cómo prendió al Duque de Saxonia e le privó del estado, seyendo Elettor e el principal e más poderoso príncipe de Alemania, e lo mismo hizo al Langravio. No es menester dezíroslo pues que es historia de nuestro tiempo, e que ay della tantos auctores fidedignos que lo han escripto que hasta la fin del mundo turará la gran fama de César e de sus españoles (p. 23).

Sin embargo, contrasta el triunfalismo militarista de la cita anterior con los deseos de concordia entre los reinos cristianos que expresaba Vives, y con las propuestas reformistas que hemos visto expresadas en otros diálogos directamente relacionados con el erasmismo, como los de Valdés. No muchos años después, los que van desde finales de los veinte hasta los años cincuenta, las circunstancias históricas e ideológicas han cambiado de manera radical y estos cambios se reflejan también en la trayectoria de los diálogos que estamos estudiando.

En sus *Batallas y Quinquagenas*, se refiere Fernández de Oviedo de manera más detallada a la «guerra de Alemania» (p. 159) como «conquista e castigo quel Emperador, nuestro señor, dio a su imperio alemán e a los rrebelados a Dios, llamados luteranos (alias protestantes) e desobedientes a César» (p. 159). A lo que apostilla el Alcaide: «No sé si avés visto aquel comentario que como testigo de vista escribió don Luys de Ávila, illustre cavallero e uno de los de la cámara del Emperador, que a todo se halló presente» (p. 159). Alude a la obra: *Comentario del illustre señor don Luis de Ávila y Çúñiga, Comendador mayor de Alcántara: de la guerra de Alemaña hecha por Carlos V* (Venecia, 1548), que también tuvo presente Dieg^o Núñez de Alba al componer sus *Diálogos de la vida del soldado* (1552), cuando dice: «de sabios es mudar de parecer, los diales de que antes pensava hazer comentarios, los convertí en dos Diálogos» (fol. a7).

Por su parte, afirma también Núñez de Alba que escribe como testigo de vista: «escrevir cada noche, no sólo lo que de día uviesse visto y ayudado a hazer, mas aun todas las otras cosas en Alemaña en este tiempo acaecidas que yo con la senceridad de la verdad pudiesse alcançar a

saber» (fol. a6 v). Divide Núñez de Alba sus diálogos en dos, el primero que versa sobre la campaña de 1546 («Primer Diálogo de la vida del soldado, en que se cuenta el principio de la conjuración de Alemaña hasta la entrada de Emperador Carlos Quinto en Ulma, aviendo desecho el campo de la Liga y pacificado las provincias Suevia y Franconia») y el segundo a la campaña del año siguiente («buelve a contarle el successo hasta el fin de la jornada de Alemaña o conquista de Saxonia»).

En su diálogo, Núñez de Alba formula por boca del experimentado interlocutor, llamado Milicio precisamente, duras críticas contra los vicios de la vida soldadesca degradada. Se muestra también quejoso Milicio de no haber recibido justo pago por los servicios suyos durante la campaña de Alemania, que va a relatar «sucessivamente desde mes a mes de agosto del año de 1546 hasta el de 1547» (fol. c6), a petición del otro interlocutor, Cliterio, aspirante a soldado. En su relación histórica sobre la campaña de Alemania, Milicio se remonta hasta el año de 1518, cuando León X otorga bulas para ayudar a la construcción de la Iglesia de S. Pedro cuya predicación (explica Milicio) despierta los recelos antipapales de los alemanes, recelos que explota Martín Lutero: «El ayre me parece que corrompo en tratar de tan perversa criatura» (fol. c7).

En la explicación que da para las causas remotas de la guerra de Alemania, coincide el diálogo de Núñez de Alba con los modernos historiadores que también atribuyen su origen al «descontento contra los abusos de Roma y el escándalo que provocaba en los fieles la conducta de la jerarquía eclesiástica»²³. Según Milicio, de las predicaciones de las bulas se causan las disensiones religiosas que el Emperador intenta aplacar con la convocatoria del Concilio en Trento, iniciado en 1545 como se sabe (fol. d2), junto con la Dieta de Ratisbona: Milicio probablemente se refiere a la de 1541: «hasta que lo mejor se determinasse por el Concilio» (fol. d3). Pero los intentos de Carlos son infructuosos y se rebelan los Príncipes protestantes, entre los que cuenta Milicio los siguientes: el «Duque Juan Federico de Saxonia, Philippe Langrao, el Duque de Viertemberg, el Duque Oto Enrique, y de los Marqueses de Brandemburg, el elector llamado Joachin» (fol. d3 v). Es lo que conocemos como la Liga de Schmalkalden o de Esmalcalda, en la que destacan dos enemigos de Carlos sobre todo: Juan Federico príncipe elector de Sajonia y Felipe langrave de Hesse.

Siempre según el relato que hace Milicio, se inicia la campaña de Alemania durante el verano de 1546, con la pelea por la ciudad de Lançquete (Landshut) que ganan las tropas imperiales gobernadas por su capitán ge-

²³ Por ejemplo, M. FERNÁNDEZ ALVAREZ, *Carlos V*, p. 663. Como es bien sabido, las protestas de Lutero contra las bulas de León X son el origen del descontento que sirve de caldo de cultivo para la publicación de las famosas tesis de Wittemberg.

neral el tercer Duque de Alba: «hijo del que murió en los Gelves» (fol. c3 v). La campaña continúa en torno al río Danubio hacia Ingelstat (Ingolstadt) y finaliza con la derrota protestante durante el invierno de ese mismo año, con las tropas imperiales acuarteladas en Rotemburg. Se negocia la rendición de ciudades como Ulma (Ulm) y el Emperador se muestra clemente con algunos Príncipes alemanes, entre los cuales Milicio menciona al Duque de Wierttemberg (Württemberg)²⁴.

Al año siguiente, reanuda las hostilidades el Duque Juan Federico de Saxonía (fol. Aii v), durante el mes de abril, Carlos V se desplaza al río Elba mientras que las tropas de la Liga están acampadas en Milburg (Mühlberg). Milicio describe minuciosamente la batalla que tiene lugar junto a la famosa ciudad y que finaliza con la prisión del Duque de Saxonía. Tan esplendorosa victoria, calificada de «milagro», se produce el 24 de abril de 1547. Las tropas imperiales abandonan Mühlberg dos días después y emprenden el sitio de Vitenberg (Wittemberg) que capitula. Milicio relata también las negociaciones para la rendición del otro gran enemigo del bando protestante, Philippe Langrao (es decir, Landgrave de Hesse), y la convocatoria de la Dieta de Augusta (Augsburgo) entre 1547-1548.

En el diálogo de Núñez de Alba, sobresale de nuevo el dramatismo que la forma dialógica impone al relato histórico que, además, viene aderezado con discusiones y opiniones expuestas en torno a los sucesos narrados tanto por Milicio como por otros interlocutores ocasionales que intervienen en estos diálogos cuya materia principal es la historia. Se subraya también que la narración viene apoyada por un testigo de vista, como es Milicio, que ha intervenido en la campaña de Alemania para envidia de Cliterio:

CLITERIO.- Quanto, ay, diera por hallarme allí para verlo.

MILICIO.- Más, creo, que dieras por hallarte en tu tierra, si donde yo, estuvieras, que dos o tres vezes me vi que no hazía cuenta de la vida. Que mi fe, hermano Cliterio, las cosas de la guerra son sabrosas de contar pero muy peligrosas y trabajosas de passar (fol. i3).

Las críticas en contra de la guerra que aparecen con frecuencia vertidas en los comentarios marginales no se hacen extensivas ni a la política imperial, ni a la figura del Emperador que, por el contrario, aparece exaltada en este diálogo, junto con la de su capitán general el Duque de Alba.

²⁴ Frente a la clemencia del Emperador, que subraya el Milicio de Núñez de Alba, los modernos historiadores destacan la dureza de las condiciones de la rendición, como hace A. KOHLER: *Carlos V (1500-1558). Una biografía*, Madrid, M. Pons, 2000, p. 325: «Esto valía especialmente para el duque Ulrich de Württemberg y el conde palatino Federico. En ambos casos, el Emperador se mostró altivo y poco misericordioso: además, al duque le exigió una contribución de 300.000 florines. Todo esto ocurrió en Heilbronn en torno a la navidad de 1546».

En los diálogos que hemos visto hasta ahora, predomina la imagen de Carlos V retratado sobre todo como estratega militar invicto y poderoso. No de manera retórica, se compara la figura del Emperador con la de César (lo hacen Maldonado y Fernández de Oviedo, cada uno desde posiciones enfrentadas) y con la de Carlomagno. La comparación sirve sin duda para reforzar la idea de una continuidad en la sucesión del Imperio²⁵. Como dice Mercurio en el diálogo de Valdés: «de oy más quiero que lo llamemos Carlomáximo» (p. 376). También escribe Núñez de Alba: «éste es el Carlo que con más razón que el Magno merecerá tal renombre» (fol. Aiiii v).

La comparación imperial está presente asimismo en el diálogo de los hermanos Rocaberti: *De gloriae militaris palma* (h. 1550), que es una exaltación de los méritos militares acaecidos durante la época del Emperador: «Carolus ille cognomento Magnus», dice Francisco Rocaberti en el prólogo²⁶. De hecho, los Rocaberti plantean su diálogo, a imitación lucianesca, como una comparación entre los respectivos méritos militares de tres soldados: el Gran Capitán, Ramón Cardona y Juan Manrique de Lara, quienes pleitean ante Minos, como juez de los muertos.

El diálogo de los Rocaberti exalta ante todo la importancia militar del emperador Carlos V, según dice el propio Minos: «Carolus ille Caesar imperator», (p. 79), cuando le pide a Mercurio que relate las principales victorias imperiales. Como antes había hecho el Mercurio valdesiano, el Mercurio de los hermanos Rocaberti, que no tiene rastro de ideología erasmista, va recorriendo la trayectoria de Carlos como militar invicto desde la prisión de Francisco I en la batalla de Pavía, el cerco de Viena, la conquista de Túnez, hasta la guerra de Alemania de 1547 (pp. 79-81). Y aparece finalmente el propio Carlos en persona, como juez experto en la cuestión, avalando las hazañas emprendidas en su época por Manrique de Lara: «noster hic Manriquez», quien pondera la grandeza tanto de sus propias hazañas como las del linaje de los Rocaberti.

Es difícil sustraerse a esta imagen imperial y victoriosa de Carlos que, en parte, se ajusta a la realidad histórica, según indica el especialista en el tema M. Fernández Álvarez cuando pondera la repercusión que alcanzan en su tiempo «victorias tan renombradas como la de Pavía en 1525, o el saco de Roma en 1527»; victorias que impresionaron vivamente la imaginación

²⁵ Como advierte Maravall, op. cit., p. 104: «Se le compara a Alejandro, o a César; se sostiene que su nombre será más claro que el de los emperadores romanos, y no se olvida de aludir a Carlomagno, lazo de unión con la tradición imperial de Roma; pero en todo ello hay en su origen y, además de su influencia humanista, la idea política concreta de universalizar su nuevo Imperio». Así, el anónimo autor del *Viaje de Turquía* se refiere a Carlos V como «nuestro invictísimo César», ed. M. S. Ortola, Madrid, Castalia, 2000, p. 712.

²⁶ Cito el diálogo por la edición de Gregorio de Andrés, «De gloriae militaris palma», *Helmántica*, 31, 1959, pp. 63-87 (p. 87).

de los contemporáneos. Añade el profesor Fernández Álvarez que «en aquel continuo guerrear, con victorias tan sonadas como la de Túnez, en 1535, o como la de Mühlberg, en 1547», se olvidan los «fracasos anteriores». La interpretación victoriosa de la política imperial viene apoyada por una verdadera labor de propaganda que se realiza en torno al Emperador, ya desde los diálogos de Valdés, como recuerda el mismo historiador al contraponer la figura de Carlos a la de su hijo Felipe: «La imagen que todavía campea de uno y otro monarca —sobre Carlos V y Felipe II—, tan favorable al primero como dudosa (cuando menos) respecto al segundo es, en buena medida, fruto de una batalla en el campo de la información, resuelta con mejor suerte en los tiempos carolinos que en los de su hijo Felipe»²⁷.

Así, al realizar el elogio de los tiempos presentes que corresponden a la época carolina, en su *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente* (1539), Cristóbal de Villalón menciona primero la conquista de La Goleta (1535) por el «César Carlos» (p. 166) y después afirma por boca del interlocutor Guillermo lo siguiente: «porque veáys en quán breves tiempos ha comprehendido cosas tan arduas y de tanta dificultad para las quales más para cada una dellas no basta un Príncipe de los antiguos, ni aun mil. Y aun dexo de os contar la brevedad con que se coronó en Bolonia, y después fue en proveer las cosas de Alemania» (p. 168)²⁸. En efecto, Carlos gana la «batalla en el campo de la información», al menos por lo que se refiere a los diálogos analizados escritos durante el primer Renacimiento, en los que, a pesar de las diferencias ideológicas, campea un común respeto y admiración hacia la trayectoria, sobre todo militar, del Emperador. En las

²⁷ *Carlos V*, pp. 232 y 372. La comparación entre ambos aparece en un diálogo compuesto ya en época de Felipe II, a raíz de la sucesión de Portugal: *Diálogo llamado Phillipino donde se refieren C congruencias concernientes al derecho que su Magestad del rei don Phelippe nuestro señor tiene al reino de Portugal* de Lorenzo de San Pedro (Biblioteca del Monasterio de El Escorial, & III. 12), en la «congruencia» LXVIII, uno de los dos interlocutores (Bethico) defiende la primacía de Felipe II sobre su padre: «aunque el emperador Carlos Máximo fue príncipe tan potentísimo pero por armas sustentó sus reynos de Nápoles y Milán contra el furor de los franceses; por las tierras del imperio tuvo guerras con los príncipes de Alemania; resistió la potencia del Gran Turco; en España tuvo alborotos y en el Perú alçamientos. Mas nuestro rey Phillippo lo posee todo sin contradición alguna, y goza de quietud y pacificación» (fol. ccxx). También se presenta a Felipe II como «defensor de la fee», al igual que ocurre en otros diálogos de la época, así en los anónimos *Diálogos del origen, autores e causas de las eregias de Francia* (Biblioteca del Monasterio de El Escorial, b. IV. 30), en los que se atribuyen las herejías francesas a la alianza de Francia con los príncipes alemanes protestantes. Y, de otra manera, en el *Dialogismo y lacónico discurso en defensa de las reliquias de San Cecilio* (Biblioteca del Monasterio de El Escorial, d. IV. 21) que Juan de Faria dedica a «su Magestad el Rey Don Phelippe, Nuestro Señor», compuesto hacia 1589, en relación al hallazgo de los llamados «plomos del Sacromonte». Véase J. CARO BAROJA, *Las falsificaciones de la Historia*, Barcelona, Seix Barral, 1992^o, pp. 115-134.

²⁸ Cito el diálogo por la edición de M. SERRANO Y SANZ: *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, Sociedad de Bibliófilos Españoles, Madrid, 1898, pp. 133-184. Se trata de una idea frecuente en el Renacimiento, véase el clásico estudio de J.A. MARAVALL, *Antiguos y modernos*, Madrid, Alianza, 1986^o.

obras analizadas, no hay oposición política sino alabanzas y justificaciones del gobierno imperial²⁹.

En este panorama que hemos trazado, podemos distinguir obras dialogadas enteramente de carácter histórico, como el *Diálogo* de Barrantes, las *Batallas* de Fernández de Oviedo y el *De gloriae militaris palma* de los Rocaberti, que no poseen una gran elaboración ideológica. En cambio, hay otros diálogos de carácter histórico y polémico, especialmente los de Valdés y Vives, en los que la narración de sucesos está puesta al servicio de una tesis que va más allá del panegírico o del vituperio.

Si examinamos los diálogos de tema histórico más polémicos, vemos que gran parte de ellos está relacionada con la corriente reformista asociada al erasmismo, según diferentes momentos y posibilidades. Si en Valdés cuyos diálogos son justamente famosos desde este punto de vista, el irenismo erasmista está puesto al servicio de la política de Carlos V como personificación del *rex bonus*; en el diálogo de Vives, se propone un ideal de concordia entre los pueblos europeos y cristianos frente a la amenaza turca, más neutro hacia la figura del Emperador. Frente a estos diálogos publicados en la década de los veinte, al inicio de la época imperial, se manifiesta en diálogos como *El Crotalón* y los *Diálogos* de Núñez de Alba, compuestos hacia la mitad del siglo, un erasmismo que se bate en retirada, con propuestas menos ambiciosas. Como observa la prof. Ana Vian:

El Carlos I que aún no se ha coronado emperador no es el de Yuste, que sabe ya de muchos de sus fracasos, sobre todo el de no haber podido evitar la división de los cristianos; el «evangelismo universal» de la primera hornada deja paso a la frustración de las expectativas de la reforma cristiana, al menos de la mano de Carlos V (1545-1555). La preocupación por una Europa solidaria, es decir, por una Cristiandad unida, pervive, pero no se manifiesta del mismo modo que la formularan Juan Luis Vives o Alfonso de Valdés. El sueño de la paz en la *universitas christiana* y la ilusión de las *guerras divinales* yacen por los suelos tras la Dieta de Augsburgo (1555). El mundo del Emperador, con sus ideales, se desmoronaba³⁰.

²⁹ Por supuesto, existen testimonios del descontento hacia el Emperador en la época, sobre todo por los conflictos que se producen entre los intereses castellanos y la política exterior de Carlos, véase el estudio de J.M. JOVER, *Carlos V y los españoles*, 1964, reed. Madrid, SARPE, 1985. Sin embargo, señala también Jover (p. 56): «Tenemos sobrados y heterogéneos testimonios, por ejemplo, de que la persona misma del Emperador y el tono épico de su biografía hubo de ser para el pueblo español un auténtico mito; pero nos consta igualmente que tal mito hubo de alcanzar en momentos y en ocasiones distintas a las ciudades castellanas que envían sus procuradores a las Cortes, a la nobleza que frecuentemente sigue muy de cerca las empresas de Carlos, a esa minoría intelectual imbuida por los saberes del Renacimiento y encargada de plasmar en forma literaria los elementos del mito señalado: cronistas, poetas, teóricos de la política, panfletistas».

³⁰ «Historiografía crítica», p. 540. Sin embargo, con respecto a la existencia de una «fase humanista» en torno a la «década de 1520», afirma J. LYNCH, *Carlos V y su tiempo*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 12: «La primera respuesta en España a Carlos V fue la resistencia y su reinado se

Como en otros temas del Renacimiento español, en la evolución de estas obras dialogadas de carácter histórico, el erasmismo aparece como una pieza clave. Por supuesto, también hay voces en contra, como la de Juan Ginés de Sepúlveda, en su *Democrates primus*, diálogo publicado en latín (1535), más tarde traducido al castellano (1541), en el que por boca del interlocutor principal —Demócrates—, se ataca a Leopoldo: «alemán un poco luterano» partidario del irenismo. Sin embargo, «bajo la denominación de luterano se exponen las ideas que al respecto sostiene Erasmo»³¹. Este diálogo ciceroniano de Sepúlveda versa sobre la licitud de la guerra, por lo que se une a la serie de coloquios militares, lo mismo que su continuación, el *Democrates alter* (compuesto h. 1544), en el que Sepúlveda defiende la licitud de la conquista y colonización de América, frente a la postura que sostiene el padre Las Casas. Sin embargo, el diálogo de Sepúlveda permanece inédito durante el siglo XVI, ya que su publicación fue denegada por el Emperador³². Es un nuevo signo del cambio de los tiempos, en los que se prohíben las obras polémicas sobre temas especialmente espinosos, incluso cuando estas obras defienden, como es el caso de Sepúlveda, las posiciones que podríamos llamar «oficiales».

Como hemos visto, entre los diálogos del primer Renacimiento, existen varios de tema histórico que reflejan los principales aspectos de la política imperial, sobre todo aquellos que se refieren a las victorias militares. Aunque decimos «imperial», en todo caso, ello no significa que en las obras analizadas sea manifiesto un proyecto político global o coherente. Como saben los historiadores del período, no existe en tiempos de Carlos V una organización imperial centralizada sino una amalgama de diversos estados (germánicos, borgoñones, hispánicos e italianos) y una Monarquía católica cuyo gobierno es de tipo polisínodal. A pesar de esto, como han señalado diversos especialistas (Fernández Alvarez, Maravall, Menéndez Pidal), la Monarquía está ligada a la idea religiosa de la *Christianitas* y

abrió con la sublevación de los comuneros en Castilla y una protesta política contra un monarca extranjero, y una rebelión popular contra las oligarquías rurales y urbanas. En respuesta, la corona y la aristocracia cerraron filas contra sus enemigos y la represión subsiguiente fue dura. Por ello, los años que transcurrieron entre 1520 se emplearon en la construcción del estado y la recaudación de impuestos, y no fueron propicios para un aflojamiento del control político. Las minorías no eran miradas con favor. Las juntas convocadas por Carlos V para examinar la política hacia los moriscos de Valencia (1525), los alumbrados y brujas en Castilla (1525-1526) y las obras de Erasmo (1527) llegaron a conclusiones que no eran exactamente tolerantes». Sobre la última etapa carolina, véase el detallado análisis de M. J. RODRÍGUEZ-SALGADO, *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo, 1551-1559*, trad. cast. Barcelona, Crítica, 1992, especialmente pp. 117-123.

³¹ Como señala Domingo YNDURÁIN, «Teología, retórica y política en Juan Ginés de Sepúlveda», en *Littérature et politique en Espagne au Siècle d'Or*, cit., p. 113.

³² Véase A. LOSADA, ed. bilingüe, *Democrates Segundo, o de las justas causas de la guerra contra los indios*, Madrid, CSIC, 1984², pp. xv-xxv. Tras la prohibición, el Emperador convoca una junta en Valladolid (1550) de teólogos y juristas para volver a examinar la cuestión. Véase M. BATAILLON y A. SAINT-LU, *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Madrid, SARPE, 1985.

Universitas christiana que, en último extremo, implica también un cierto ideario político³³.

Por último, en las obras analizadas, se produce una polémica en torno al alcance del irenismo y sobre la función que debe desempeñar el gobernante cristiano; polémica que está relacionada con Erasmo. Queda fuera de duda para todos los escritores de diálogos, de uno o de otro modo, el papel relevante y positivo que desempeña dentro de esta situación la figura de Carlos. Asimismo hemos visto que son fructíferas las relaciones entre historia y diálogo, género que se muestra especialmente apto para acoger las referencias a los principales sucesos acaecidos en la época del Emperador. Por lo tanto, no debe limitar el historiador su estudio a los diálogos citados de Alfonso de Valdés, sin duda los más conocidos dentro de esta corriente dialógica³⁴. A partir del análisis precedente, se pone de manifiesto que hay otras muchas obras dialogadas con alusiones históricas interesantes no sólo desde una perspectiva literaria sino como documentos útiles para los historiadores de la época.

³³ Véase J. SÁNCHEZ MONTES, *Franceses, protestantes, turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V* (1951), ed. J.L. Castellano, Universidad de Granada, 1995. Más recientemente, A. KOHLER, «Idea imperial y *Monarchia universalis*», *Carlos V*, cit., pp. 90-98; J. Pérez, «La idea imperial», *Carlos V*, Madrid. Eds. Temas de Hoy, 1999, pp. 61-66 y 114-119. Para el reflejo literario de esta idea imperial («un monarca, un imperio y una espada»), es básico todavía O.H. GREEN, «Expansión política: la idea del Imperio», *España y la tradición occidental* (1965), trad. cast., Madrid, Gredos, 1969, vol. III, pp. 100-136.

³⁴ Se podrían añadir más ejemplos a los aquí analizados. Así, en la crónica de Pedro Girón, se incluye una breve disputa en latín: *Pasquilius Deus Vertumnus* (Biblioteca Nacional, Ms. 3825, fols. 240-241) sobre la Europa imperial en 1537, disputa en la que intervienen como interlocutores Paulo III, Francisco I, Solimán, Alejandro Vitello y el cardenal Cibo, además del propio Carlos V. Véase J. SÁNCHEZ MONTES, op. cit., pp. 135-140, quien edita la obra.